

LA POLÍTICA DEL PADRENUESTRO

Miguel Gambín

Es de sobra conocida la expresión de Don Bosco: “Yo hago la Política del Padrenuestro”, que manifestaba su toma de distancias de la política de partidos de la época, y su dedicación a los problemas derivados de su implicación con los jóvenes pobres y abandonados. Durante mucho tiempo ha servido de divisa a generaciones de salesianos, y ha configurado una forma de actuar que ha alejado a éstos de los las noticias de actualidad y las polémicas. De hecho, muchos salesianos tienen una especial alergia a todo lo que suponga opinar de cuestiones políticas, pues entienden, y no sin razón, que la política tiene algo de perverso, y es mejor distanciarse de ella para no meterse en embrollos. También hay quien piensa que la política es demasiado complicada para molestarse en entenderla, y que es mejor vivir alejado de este monstruo de mil cabezas. Otros creen que su postura política es la neutral y la normativa.

Ofrezco la siguiente reflexión para releer el significado de la expresión “política del Padrenuestro”, que a Don Bosco sirvió para mantener su independencia, y lograr sus objetivos, pero cuya interpretación literal en nuestros días puede atrofiar una dimensión social de la educación, como ya lo señalaba el Rector mayor D. Pascual Chávez en el aguinaldo de 2013, haciéndose eco del CG23(214), en el que se animaba a los salesianos a retomar esta dimensión que “tenemos algo descuidada”.

Política y política.

Una primera distinción que hay que hacer es separar la política con mayúsculas de la militancia o las simpatías mostradas hacia un partido en concreto (CG20,67). La política es una dimensión fundamental de la persona, en cuanto inmersa en un mundo de relaciones. Nadie escapa de la política aunque quiera. El salario que percibe, los impuestos que paga, los beneficios sociales, la pensión de su vejez, el futuro de la educación de sus hijos; todo está determinado por decisiones políticas que otros tomarán. Nadie se escapa ni nadie vive ajeno a esto. Juan Pablo II ya lo había destacado en la “Octogesima adveniens(24)”, al subrayar la importancia de la acción política como mediación del proyecto de justicia y paz. Porque, sin esa concreción, las llamadas a la justicia y los grandes valores pueden quedar como palabras huecas. El papa Francisco insiste también al final de la “Laudato Si” en la necesidad de apoyar cambios sociales, no meramente individuales. (231-232). En diferentes documentos eclesiológicos se hace referencia a la implicación política, que es mucho más que el hecho de ir a votar cada cuatro años; supone un compromiso en la forma cómo se organiza una sociedad, que va desde la búsqueda crítica de información a las tomas de posición y decisiones concretas, susceptibles de influir en procesos sociales.

La política de partidos es otra cosa. La Iglesia hace bien -o haría- de tomar distancias de los partidos. De todos. Y sacudirse las dependencias históricas que le asocian - por lo menos en nuestro país, a formaciones políticas concretas. Sigue siendo válido el principio de desaconsejar a los sacerdotes de implicarse directamente en política, pues un sacerdote no puede ser vinculado a ningún grupo político, de lo contrario se pone una etiqueta que le impediría su apertura a todo el mundo. Ojalá que este principio se hubiera mantenido siempre vigente.

La causa de los pobres. A lo largo de los últimos siglos ha habido profundos cambios sociales. Es un hecho conocido que las clases obreras se alejaron de la iglesia a lo largo del s. XIX. Quizá porque, aparte algunas iniciativas tan honrosas como insuficientes, el conjunto de la institución eclesiológica estuvo alejada del mundo obrero.

Una de las razones de este alejamiento es que la economía fue considerada como una ciencia autónoma, tal que la química o la astronomía, y, por lo tanto, no

cabía aplicar leyes éticas a ese mundo de fuerzas físicas. La mayoría de moralistas del s. XIX atendieron a cuestiones de moral individual. Sin embargo, la cuestión social no se planteó apenas, abandonando una línea de pensamiento que denunciaba el acaparamiento y la desigualdad desde la iglesia de los primeros siglos hasta el s. XVII. La RERUM NOVARUM fue el primer intento de recuperar la tradición de ética social de los primeros siglos. (por cierto, que esta encíclica tuvo una mala acogida en la católica España, y no precisamente por parte de los anticlericales). Después vino una larga serie, hasta la reciente “Laudato Si” del papa Francisco. Ciertamente ha habido una clara tendencia de lo que podemos llamar “Doctrina social de la Iglesia”, en la que se muestran pistas concretas, que no recetas, para organizar la sociedad de forma que los pobres no salgan mal parados. No hay fórmulas concretas, pero se puede decir **que los documentos eclesiales postulan una forma de organizar la economía diametralmente opuesta a este neoliberalismo rampante que nos habla de recuperación económica, mientras una parte importante de la población se hunde en la exclusión y la precariedad.** Pero los documentos eclesiales han sido alabados, criticados, ponderados y rápidamente olvidados. En el mejor de los casos se les estudia, se les analiza, se les compara, pero hay una reticencia a sacar consecuencias concretas. En el mundo eclesiástico hay una clara desconfianza a las concreciones, porque son vistas con sospecha. Son percibidas como “meterse en política”. Algo turbio, campo minado, lleno de peligros.

La política como necesidad. Si no hay concreciones, los grandes principios pueden convertirse en papel mojado. En varias encíclicas sociales, se insta a los católicos a intervenir en la vida social. Porque se veía claro que no se podía dejar la toma de decisión en manos de quienes podían- y pueden- hacer mucho daño. Por eso a lo largo del s XIX la Jerarquía se ha apoyado en partidos afines que han actuado como paladines de los derechos eclesiásticos. La lástima es que no siempre se han buscado con tal denuedo defender los derechos de los más débiles. Es cierto que la política asistencial ha estado presente en la iglesia de todos los tiempos, y por esta razón aparecieron a lo largo del siglo XIX y antes, multitud de congregaciones dedicadas a suplir las injusticias de un mundo que olvidaba a los desheredados, y fabricaba pobres por una desigualdad institucionalizada: la vida religiosas salió al paso de las necesidades en educación, sanidad, servicios sociales. Había que alimentar a los pobres, socorrer al débil, proteger a la mujer maltratada. Y se hizo muy bien. Incluso hubo iniciativas sociales del catolicismo empresarial que fueron en su tiempo una novedad, especialmente en Cataluña y el país vasco. Pero faltó la perspectiva global, de forma que cuando se trataba de luchar por la justicia y corregir las causas de la pobreza, la Iglesia se ha encontrado -globalmente hablando- en el campo contrario. Podemos imaginar cuán diferente hubiera sido la historia del s. XIX y XX si la reivindicación de una vida más justa y digna para los más pobres hubiera sido una prioridad innegociable de la Iglesia.

La cuestión social es un eje fundamental, imprescindible. Por la sencilla razón que a nadie debe doler más la opresión del débil que a un cristiano. Nadie debería ser más solidario que un cristiano. Nadie debe entregar sus energías con más decisión que quienes creen que el mismo Dios se identifica con aquellos pobres que son abandonados, despreciados, sin voz y sin derechos. Eso lo han entendido muy bien aquellos cristianos que han dado su vida por los pobres

Asistencialismo y denuncia profética. Los cristianos aplaudimos a quienes dedican su vida a los necesitados. Pero nos asusta dar el paso siguiente, al que se refiere el papa Francisco en el número 161 de la EG: *hay que ir más allá del asistencialismo.* Porque hay que luchar contra las causas que inciden en la pobreza, y que la ocasionan. Es aquí donde nos metemos en lo que tantos católicos miran con desconfianza: La acción política. Acción política no es solo votar de vez en cuando, o adherirse a un partido, sino postular una educación crítica; posicionarse, favorecer la

organización de quien no puede hacerlo. Y denunciar. Denunciar proféticamente las injusticias. Y eso puede ser no sólo legítimo, sino una obligación moral. La denuncia profética es una dimensión ineludible a la evangelización, cuando se trata de defender el derecho del pobre y oprimido, en una sociedad en la que siempre se salen con la suya quienes más tienen y más ambicionan. El silencio ante la injusticia es complicidad. Y hay que admitir que en esto, como Iglesia se ha hecho poco, aún reconociendo la labor asistencial. Pero no basta.(E.Gaudium 166). Un buen criterio hermenéutico para percibir problemas sociales es estar cerca de las víctimas. Jamás entenderemos si solo escuchamos las interesadas explicaciones de los medios oficiales.

Desafíos del presente.

En el párrafo anterior se ha mencionado la desconfianza de ciertos cristianos de bien ante el rechazo que muchas personas pertenecientes a movimientos sociales mantienen frente la Iglesia institucional. Y ese recelo alimenta a su vez el distanciamiento emocional en la otra parte, de forma que volvemos a asistir a la misma dinámica social por la que el movimiento obrero, ya desde sus inicios, se alejó de la Iglesia. Es imposible entrar en detalles, pero sí que podemos hacernos algunas preguntas: ¿No tendremos nada en común con aquellos que propugnan una sociedad más justa y fraterna? ¿No hay nada cierto en sus críticas? ¿Nos contentaremos con decir que nos rechazan por su ateísmo? ¿O porque ven a la Iglesia alejada de los pobres? ¿No hay forma de tender puentes?.

Aparte algunas excepciones ¿Cuál ha sido la postura oficial de la Iglesia ante leyes como la reforma laboral y la precariedad que ha causado? ¿Por qué se desempolva la vieja acusación de comunista a quien plantea estas cuestiones?. Hay que reconocer que los gestos y palabras de ciertos representantes de la Iglesia española no ayudan a desmentir la acusación de ponerse del otro lado. Por no hablar de algunos medios de comunicación de la Iglesia de España. Limitarse a adoptar posturas defensivas no es buena estrategia. La Iglesia debe estar al servicio de los más débiles, no solo desde el asistencialismo, sino desde la lucha por un cambio social global. No se trata de caer en gracia a nadie, sino en ser coherentes con el evangelio. Ni más ni menos que lo que propone el papa Francisco.